

Así educamos en la fe a nuestros hijos

LOLI ABASCAL-ALFONSO GIL

Como colaboración a este monográfico de SINITE sobre "La familia cristiana", se nos pide que hablemos de *CÓMO EJERCEMOS LA MISIÓN DE EDUCAR EN LA FE A NUESTROS HIJOS*.

Vaya por delante que esta propuesta del San Pío X es un reto que no podemos abordar si no es a base de una previa cura de humildad. Pues tan serio tema nos hará decir, más que lo que hacemos cristianamente con nuestros hijos, lo que soñamos con hacer y vivir todos en familia. De manera que, por nuestro propio bien y el posible de cuantas personas nos lean, afrontamos el desarrollo de esta tan particular experiencia.

1.- En estos momentos, nuestra familia se halla formada por cinco miembros: nosotros, el matrimonio, y nuestros tres hijos, dos chicos y una niña.

Casados casi a finales del 77, este año cumplen los niños 15, 13 y 10 años respectivamente. Están en esa edad en que, sin dejar aún la infancia, van poco a poco adentrándose en un mundo más consciente y responsable y, lógicamente, más crítico.

Estos años nos han enriquecido con toda clase de bienes, de pruebas, de preocupaciones, de sueños, de búsquedas... sin margen alguno para el aburrimiento, la apatía o la pereza. Años

en los que la búsqueda continua de trabajo, la felicidad de sentirnos vivos y amados del Padre, la enfermedad -alguna vez limitando con el cielo-, el darnos a los demás y el recibir de los demás, etc., nos ha cribado y hecho avanzar hacia la madurez de toda la familia y de cada uno de sus miembros. Claro que en eso seguimos: en el intento de completar esa maduración que nunca se acaba.

2.- Estamos convencidos que los pasos presentes y futuros están condicionados, en gran medida, por los proyectos de vida en común que nos hacíamos en el noviazgo. Seguramente sólo teníamos un proyecto: hacer de nuestro vivir en común y de nuestra futura familia una experiencia eclesial, un ensayo reducido de lo que es el reino de Dios en este mundo.

Recordamos con cariño el detalle que mandamos imprimir en el interior de las alianzas de la boda, y que nos sirve de interpelación continua a nuestro diario convivir. Dice así: "Dios, Luz Amorosa". Queríamos iniciar la andadura como los de Emaús, con el Señor como compañero y guía del viaje de nuestra vida. "D L A" es, desde entonces, toda una consigna, toda una identificación de lo que soñamos cada día. La fe vivida y compartida en la comunidad parroquial nos afianzó en lo acertado de enlazar nuestros nombres con el Suyo, expresando en una frase nuestro gran deseo.

Sí, nosotros anhelábamos formar un hogar, pero un hogar cristiano. En la medida en que Cristo fuera EL SEÑOR de nosotros, lo sería también de cuanto nos rodeara: los hijos, los vecinos, los hermanos de la comunidad... Estábamos en la certeza de que EL debía marcar los pasos y el ritmo de nuestra vida y de la de nuestros hijos. Y esto, estamos seguros, nos llevó al matrimonio y a la procreación.

3.- ¡Qué duda cabe que, en la escuela de la fe, los primeros maestros somos los padres! Con todas sus consecuencias. Nuestra manera de ser y de actuar influye permanente y decisivamente en los hijos, que nos contemplan como lo más seguro y auténtico en medio de un mundo en el que apenas aprenden a mantenerse en pie. Es tal esta nuestra responsabilidad, que no sin temor nos atrevemos a comunicar estas cosas que nos obligan a un replanteamiento de nuestra "maestría" y a un examen humilde y valiente de nuestra conducta paternal o maternal.

No obstante, «¡ay, de nosotros, si no evangelizáramos!», que diría el Apóstol. Una evangelización que no es proselitismo, que no conduce a que ellos -los hijos- sean como nosotros. Una evangelización que tiende a llevarles a Jesús como a su "Camino, Verdad y Vida", como a Aquel modelo de humildad en el que deben aprender que dar es mejor que recibir, amar que ser amado, compartir que acaparar, fiarse que ser autosuficiente, y descubrir que en todo ello se encuentra la verdadera felicidad.

4.- Ciertamente, educar en la fe supone una pedagogía real con base en un amor desinteresado, libre de ñoñerías que enturbien la nitidez de esa plataforma en la que habrá de ir creciendo -amor, educación, fe-.

Sabíamos, desde el noviazgo, que no habría una futura educación de los hijos -humana y religiosa- sin un serio planteamiento de lo que realmente éramos hasta entonces y de lo que queríamos deliberadamente ser en el futuro. Eramos concordes en que no accedíamos al matrimonio para estarnos mirando, sino para dar paso a esa experiencia única, que es la familia, sintiéndonos portadores de ese empeño divino de darse y desvivirse desde nuestra pequeña realidad.

Sabíamos, también, que educar supone amar a los educandos. Amarlos aun desde antes de nacer. Vendrían al mundo porque les amábamos. Al cabo de los años, percibimos que ellos se han sentido amados desde antes de casarse sus padres. Es ese amor el que nos da la garantía de toda influencia educacional y religiosa sobre nuestros hijos.

Es verdad que al matrimonio se accede, se debe acceder enamorados. En nuestro caso, no es menos verdad que el centro y eje de nuestro amor mutuo pasaba, y pasa, por un profundo enamoramiento de Jesucristo. Paulatinamente nos hemos percatado de la fuerza que imprime al diario convivir este enraizar la propia vida y la de nuestros hijos en quien es la Vida. La televisión, los amigos, los libros, los familiares... tienen una palabra; pero, ¿cuál es la que el Señor tiene para nosotros en cada momento? Esta es, creemos, la pregunta clave que orienta definitivamente y definitivamente la convivencia familiar. Naturalmente, con fallos.

Sí, es un vivir en "tensión metafísica": expresión zubiriana que aplicamos para decir algo así. ¿Queremos que nuestros hijos tengan un lenguaje limpio, pacífico, veraz...? Pues que a nosotros, sus padres, no se nos oiga una palabra sucia, violenta, mentirosa. ¿Queremos que nuestros hijos sean aplicados, laboriosos, diligentes, serviciales, etc.? Pues nos vemos empeñados en actitudes y actos de laboriosidad, servicio y atención a los demás. ¿No queremos que nuestros hijos se dejen dominar por la pereza y el vicio como esclavitudes del alma? Hacemos lo posible por que ellos vean en nosotros el ejemplo a seguir. Somos plenamente conscientes del influjo de la manera de ser y de actuar de los padres en los hijos.

5.- Puede comprenderse que todo esto quede en un bonito sueño, si no es la familia, además, lugar de oración. Sí, así

como suena. Lugar donde la oración alimenta y recarga las energías de cada uno de la casa. Nos referimos a esa oración que, a su vez, se alimenta de la Palabra viva y del Pan de Vida. La oración, también, que nos sirve de espejo donde percibir los reflejos y sombras del rostro familiar, donde podemos mirarnos cada día para comprobar la dirección en la que caminamos.

¿Cómo conseguirlo? Nosotros lo hacemos así: Al final de la jornada, dejamos la última palabra a la Palabra. El método no importa demasiado. Unas veces, nos servimos de las lecturas propias de la liturgia del día; otras, de un buen libro que bíblicamente nos ilumine; otras, de una lectura comentada del Evangelio mismo... Es lo de menos. Pero no nos iremos al descanso sin que entreguemos al Señor el día que se acaba y sin que El nos fortalezca para el próximo que nos regale.

En estos diecisiete años de matrimonio, el encuentro personal y familiar con el Señor ha sido decisivo. Decisivo, en especial, para afrontar determinadas pruebas que superan lo humanamente soportable y que no es caso narrar aquí, si bien pueden corroborarlo quienes nos conocen. No es un encuentro esporádico, sino imprescindible, como el comer o dormir; ni forzoso, sino apetecible; ni compuesto, sino simple, sencillo, íntimo. Si procede, ese encuentro en la oración da paso a la corrección fraterna, pues que todos nos sentimos hermanos ante El.

6.- Partimos de la convicción de que no hay educación más humana que la auténticamente cristiana. Jesucristo es para nosotros el HOMBRE, el ejemplar humano. Por eso, llevamos mucho cuidado en no resaltar aquellos aspectos de lo "cristiano" que pueden ser típicos en cualquier sistema religioso. El cristianismo no es un sistema "religioso"; es una vida de identificación con Jesús y su proyecto, válido para todos los hombres, sobre el reino de Dios, es decir, sobre el cumplimien-

to de la voluntad de Dios Padre en este mundo y en favor de este mundo.

Por tanto, hacemos hincapié en esos valores típicamente cristianos: el amor sin límites, la misericordia, la paz, la pobreza compartida, la limpieza interior que no condena, la solidaridad con los más débiles... En definitiva, el programa de las Bienaventuranzas. Si nuestros hijos no sintieran la alegría profunda por vivir esos valores, nuestra misión educadora habría fracasado estrepitosamente. (Se nos acerca en estos momentos uno de ellos para aportar su granito de arena en este trabajo).

- Daniel, ¿qué es para ti la felicidad?, le pregunto.

- Sufrir por el Señor las injusticias y desprecio de los demás, me dice. Y añade: "como Francisco de Asís".

Y este es otro aspecto de la educación cristiana en nuestra familia: presentar a esos hermanos, vivos o difuntos, que nos han legado un ejemplo a imitar. Los "santos" no son sino cristianos, otros "cristos" en medio del mundo. Ahora bien, a esto nos ha convocado Jesús, les decimos, a ser testigos suyos entre nuestros hermanos los hombres.

7.- Hay otros ámbitos de educación de la fe en que participamos: la parroquia, el colegio, los grupos de catequesis, comunidades cristianas de base, los vecinos... Y vamos a destacar esto último, como prolongación lógica de la familia en el medio humano más próximo, con el que, se quiera o no, hay que convivir día a día.

Cuando iniciamos nuestra familia, lo hicimos, como casi todos, rodeados de una comunidad vecinal. Desde ese momento pensamos que nada seríamos sin una apertura hacia el resto de

los vecinos. El compromiso cristiano había que explicitarlo en primer lugar con esas personas con las que nos cruzábamos en la escalera. De manera que, al tiempo de ofrecerles cordialmente la casa, intentamos propiciar intereses comunes e ir recreando una pequeña comunidad cristiana que fuera la puesta en común y proyección de la tarea humano-cristiana de nuestras familias concretas.

Pues bien, ya son muchos los años en que semanalmente nos reunimos para crecer en la fe y en la convivencia de quienes nos sentimos de Jesús. Reuniones en las que lo humano se esclarece desde lo cristiano, y viceversa. Este año, por ejemplo, leyendo con sencillo corazón el evangelio de Juan, nos vamos introduciendo en la persona y misterio de la Palabra encarnada, de esa manifestación carnal de la voluntad de Dios para nosotros y para nuestros hijos. Se nos robustece el compromiso que sólo puede crecer, como diría Pablo, con el ejercicio de la caridad mutua o del amor fraterno, y nos llenamos de paz y gozo en el Señor, que no es poco. Al final de mes, la Eucaristía pone la meta a nuestro convivir y punto de partida para continuar adelante.

8.- Si tuviéramos que destacar algunos aspectos o puntos en la educación de la fe de nuestros hijos, diríamos lo siguiente:

- Los hijos no son nuestra propiedad. Dios, por tanto, nos confía la educación de sus propios hijos.
- El mejor educador es fray ejemplo. Una desconexión entre vida y fe es, en el mejor de los casos, desconcertante.
- La educación ha de ser globalizante, ensamblando lo humano y lo cristiano como elementos inseparables.

- Ser cristiano es ser para los demás. Educar implica hacer crecer en la fraternidad universal y en el amor sin fronteras.
- Fe no son creencias ni "religión". Supone la adhesión confiada a Dios en la persona de Jesucristo.
- La Palabra de Dios como base orientadora.
- Apertura a los otros ámbitos de educación en la fe.
- Interés por conocer al hombre para ser comprendido.
- Sobre toda metodología, amor sin reservas y siempre.